

VERSIÓN ORIGINAL SUBTITULADA

«Deja que los hechos hablen por ti»

Jorge Bucay

—Muérete, hija de la gran puta —dije.

Sin embargo, mis subtítulos se limitaron a mostrar un aséptico BUENOS DÍAS. Los de mi vecina parpadearon y exhibieron un mensaje similar mientras ella farfullaba al menos una docena palabras. No pude oírlas, claro, y tampoco fui capaz de leerle los labios con sus subtítulos brillándole delante de la cara. Ella llevaba el carro de cuatro ruedas, señal de que tocaba la compra de la semana. Verduras, legumbres y pan de pueblo. Yo me había embutido en las mallas y la camiseta técnica, así que sonreí y decidí bajar los cuatro pisos por las escaleras. Para no quitarle dignidad a la pantomima. Compartir el ascensor con ella hubiera supuesto un suplicio innecesario para mis subtítulos y, muy probablemente, también para los suyos. Desde que sus hijas se habían marchado de casa, no podíamos soportarnos. Se había acabado esa necesidad de fingir una amistad de la que carecíamos. Aunque cuando me leía todo eran ¿QUÉ TAL LA FAMILIA? o ESPERO QUE TODO VAYA BIEN, ella sabía muy bien que todas esas pequeñas mezquindades de vecinas nos habían separado. Que si la música estaba demasiado alta, que si siempre había demasiada gente —hombres, eso quería decir la viuda amargada; hombres— en mi casa, que si no se podían dejar las bolsas de basura en el descansillo. Aunque claro, una cosa era pensarlo y otra muy distinta titularlo.

Hacía buen día. De esos que cuando llevas más de un año en el paro todavía puedes disfrutar. Salí a correr desde el portal en dirección al parque. Subida por calles de aceras anchas, donde antaño había árboles, sustituidos ahora por pantallas con anuncios publicitarios. Me crucé con varias personas. Algunas sonrisas, algunos subtítulos que no me detuve a leer. En general, la indiferencia habitual en la ciudad. Ni siquiera una mirada a mis nalgas, a mis muslos, a mis tetas. A mi edad ya no valía con llevar ropa apretada. A mi edad has desaparecido. Cuando entré en el parque sudaba hasta por el canalillo. Me senté en el murete, junto a las canchas de baloncesto. Unos operarios estaban

retirando el último banco. Había que hacer espacio para las mesas del chiringuito, que extendía la terraza por el parque como la sarna. Y no había una mesa vacía, ni una. ¿De dónde sacaba la gente el dinero? Me dediqué a contemplar a los chavales que lanzaban a canasta. BUEN LANZAMIENTO. JUEGAS MUY BIEN. EXCELENTE MOVIMIENTO. Los subtítulos reflejaban a la perfección los encontronazos, las caídas, las miradas. Uno de los jugadores le dio a otro un codazo en la cara en una entrada a canasta. TE RUEGO DISCULPES MI TORPEZA, dijeron los subtítulos. NO TIENE IMPORTANCIA, dijeron los del otro chico un instante antes de que le soltara un bofetón.

Bajé de vuelta a casa por las mismas calles dando un paseo. Bajo la marquesina del autobús, donde esperaba al menos una docena de personas, los subtítulos se enredaban en múltiples conversaciones. Dos niñas gesticulaban con los dedos, con las manos, mientras miraban de reojo al resto. Sabían que lo que hacían estaba prohibido. No leí su conversación, la que de verdad importaba se narraba con esas manos. Comprobé el saldo en el móvil y me deprimí con mis expectativas de vida para las próximas semanas. La aplicación me alertó de al menos dieciséis discrepancias entre las verbalizaciones y los subtítulos en los últimos siete días. Aviso de sanción disciplinaria, que podría costarme la suscripción a varios servicios esenciales.

—Me cago en la maldita mierda del sistema —dije en voz alta.

SIEMPRE FELIZ AL COMPROBAR MI SALDO, leyeron los que pasaron a mi lado.

Dejé morir la tarde frente al televisor. Solo canales públicos, claro. Al estar en paro, ninguna de mis suscripciones de ocio funcionaba con normalidad. Noticias de una guerra que no lograba ubicar, que quizá era la de siempre pero no la recordaba. Loas y parabienes para nuestros atletas en competiciones internacionales, a pesar de las continuas derrotas. Referencias veladas, y no tanto, a los horrores de la comunicación verbal en otros países. Agotada, seleccioné un canal de música y subí el volumen del televisor. Alto. Muy alto. Mientras la música instrumental se desparramaba por el cuarto, grité. Grité sin parar. Grité todas las obscenidades que se me pasaron por la cabeza.

ME SIENTO BIEN, dijeron los subtítulos cuando paré.

Y, para mi decepción, debí reconocer que así era.